

Carmen Díez
Ricardo Lampreave

Diversidad y convergencia de visiones paisajísticas

Habiendo consistido nuestra contribución al taller Repensar Canfranc en moderar la mesa redonda de la última sesión de conferencias, quisiéramos recordar en este breve texto algunas cuestiones que en ella se suscitaron y apuntar cuáles fueron nuestras impresiones. Quizá sea la posición de partida elegida por los ponentes, Javier Monclús e Iñaki Ábalos–Renata Sentkiewicz, lo que mejor pueda explicar sus intervenciones previas: mientras que el primero trazó una sintética historia de las diferentes visiones que sobre el tema del paisaje proyectó el siglo XX, los segundos presentaron uno de sus últimos y más ambiciosos proyectos. Siendo, por tanto, inicialmente tan distantes sus opciones, ambas líneas de pensamiento convergieron en la mesa redonda planteando un vasto territorio de intereses comunes al que nos queremos remitir. Adecuadas y provechosas después de las sesiones anteriores, acabaron enmarcando con un amplio telón de fondo el resto de los variados enfoques desplegados en el curso, interpretando crítica e instrumentalmente las tradiciones del concepto de paisaje y alguna de sus posibilidades futuras. No en vano, tanto Javier Monclús como Ábalos-Sentkiewicz vienen trabajando y proyectando desde hace años en esta línea de investigación, avalados por sus respectivas publicaciones.

Inevitablemente, el tono que diferenció las dos intervenciones se hizo presente desde la exposición de los primeros conceptos, armados por una terminología bien diversa: mientras que Monclús recurría a las nociones de episodio histórico, legado paisajístico, protección del patrimonio, paisaje como pa-

trimonio o recurso, Ábalos-Sentkiewicz enarbolaban la bandera de la belleza termodinámica, el reciclaje y la activación biológica, los campos prototipológicos, el giro termodinámico o la biotecnología. La selección de tan dispar terminología aplicable al paisaje, en realidad, no hizo más que subrayar la diferencia de sus enfoques, anticipada desde los respectivos títulos. Monclús, al presentar su texto «Urbanismo paisajístico y paisajes culturales», ofrecía un mapa panorámico de diferentes aproximaciones a estos dos conceptos emergentes del debate internacional, un cuadro amplio y abierto que permitía reconocer una visión amplia y acogedora, que acepta el paisaje y el territorio como objetos de estudio de distintas disciplinas recurrentemente asociadas con la arquitectura desde la segunda mitad del siglo XX: geografía, sociología, antropología, ecología, historia. El objetivo de este planteamiento parecía ser la construcción de un andamiaje intelectual sobre el que poder referenciar las propuestas concretas del taller, cuya especificidad se mencionaba al inicio y al cierre de la intervención. Por su parte, Ábalos-Sentkiewicz, bajo el título de La belleza termodinámica. Aplicación en el centro de Madrid, introducían un nuevo paradigma de belleza derivado de criterios alejados de los convencionalmente paisajísticos, planteando un escenario de coordenadas temporales proyectadas hacia los próximos 20-30 años y conceptuales basadas en la simulación de fenómenos termodinámicos y en el avance en el conocimiento del comportamiento energético de la forma, los materiales y las técnicas constructivas. El objetivo era presentar el estudio de un futuro Madrid, abordado desde

el punto de vista termodinámico, desde el análisis de sus necesidades y recursos energéticos transformados en medio e instrumental del proyecto. Una perspectiva propositiva muy concreta alejada de aproximaciones más convencionales a partir de la consideración de la termodinámica como motor del proyecto.

En consecuencia, ambas elecciones fueron presentadas mediante formatos muy diferentes, también diversamente ilustrados: Monclús, tras contextualizar su intervención lanzando al aire una batería de preguntas que ponía sobre la mesa las incógnitas y problemáticas que el taller planteaba, comenzó a exponer una serie de propuestas históricas que arrancaban de la tradición moderna, proyectos vinculados a diversas teorías, algunas más ligadas a dicha tradición y otras más innovadoras, que iba comentando con imágenes, algunas más conocidas, otras menos, todas intensamente estimulantes. Las propuestas presentadas, en mayor o menor medida tradicionales o cercanas a nuevos paradigmas, quedaron englobadas dentro de lo que podemos considerar una actitud disciplinar, es decir, relativa a aquellas disciplinas que conocemos como arquitectura, paisajismo y urbanismo. Ábalos-Sentkiewicz, sin embargo daban comienzo a su conferencia con una introducción estrictamente teórica, sin imágenes, en la que se explicaban las bases del análisis que más tarde mostrarían aplicado en Madrid. Un formato también coherente con el contenido de su intervención, ya que la explicación rigurosa y precisa de los fundamentos que han permitido redibujar la planta de Madrid mediante filtros termodinámicos superpuestos al tejido urbano existente

resultaba imprescindible para entender las coordenadas sobre las que se ha levantado la nueva cartografía presentada en la segunda parte de la intervención. Fue en ella donde aparecieron las ilustraciones, inéditas, nuevas plantas de Madrid que permiten identificar oportunidades de actuación allí donde la fábrica urbana presenta vacíos y un tejido inerte. El objetivo era presentar estas nuevas cartografías como alternativa a los planos basados en la representación figura/fondo de Nolli (o a los urbanismos históricos de Sitte), como instrumental para plantear propuestas que nacen de un claro carácter interdisciplinar: una aproximación teórica y genérica, un *modus operandi* ambicioso y atractivo, cuya posible aplicación al tema del taller seguramente habría aportado sugerentes puntos de reflexión.

Estos distintos enfoques, presentados con diversos materiales gráficos, proceden naturalmente de referencias muy diferentes. Monclús se mueve entre las cinco puertas que el geógrafo Jean-Marc Bessé propone como aproximación interdisciplinar al paisaje, la atención prestada por Kenneth Frampton a la sensibilidad paisajística en la tradición moderna, las teorías más radicales de Charles Waldheim –para quien el paisaje sustituye a la arquitectura como fundamento del urbanismo contemporáneo–, o las –menos extremistas, que parten de una hibridación más equilibrada– entre las dos disciplinas y remiten a Olmsted, Geddes, Mumford, Bettini o McHarg, considerando la metrópolis contemporánea como fuerza regeneradora. Así, por ejemplo, salieron a la luz Corner con algunos de sus proyectos, como el High Lane, de Nueva York, o la operación

de Fresh Kills en Staten Iland; Koolhaas y el tratamiento de los espacios libres en Melun Senart; Corajoud en Lyon; Kipar en Milano Verde, y Batlle y Roig en el Nudo de la Trinidad, en Barcelona. El parque de Duisburg Nord, del equipo de Peter Latz, en el ámbito de la IBA de Emscher Park en el valle del Ruhr, cerró las referencias relacionadas con el urbanismo paisajístico. En cuanto a los paisajes culturales, es decir, a la consideración del paisaje como patrimonio y recurso cultural, Monclús también hizo un repaso diacrónico desde la aparición del término y sus posteriores refrendos: Otto Schultze y Carl O. Sauer se mencionaron como pioneros de este nuevo concepto (1925), la Carta de Venecia de 1964 como documento de apoyo internacional a la conservación de conjuntos histórico-artísticos, la creación del International Council of Monuments and Sites, o la Convención para la Protección Mundial Cultural y Natural de 1972. Algunos ejemplos españoles siguieron la secuencia anterior. Esta parte de la intervención de Monclús ponía de manifiesto el interés por recoger y tener presentes las reflexiones y las enseñanzas con dimensión medioambiental que han ido surgiendo desde la segunda década del siglo XX hasta nuestros días. Ábalos-Sentkiewicz manejan sus referentes sin mostrar interés en plantear una amplia panorámica diacrónica de actitudes y propuestas. Se ciñen concretamente a las teorías de aquellos investigadores relacionados con el mundo interdisciplinar que les interesa y que les ha prestado las herramientas necesarias para desarrollar su trabajo. A las de Andreas Ruby, por ejemplo, que mediante la definición de escenario prototipológico propone una superación del tipo clásico y hace una llamada a la validez de nuevos tipos dinámicos, las nuevas tipologías transformativas, que recuperan una renovada noción de prototipo. O a las de Sanford Kwinter, que entiende el término *campo* como descriptor de propagación de efectos mediante funciones, vectores y velocidades, una interpretación que se difundió rápidamente debido a su posible aplicación a una arquitectura cada vez más inmersa en las nuevas tecnologías digitales, en el paisajismo americano, en las técnicas matemáticas y en la teoría de campos, del caos y de la geometría fractal de Mandelbrot, así como en la biotecnología unificadora de ciencias exactas, experimentales y sociales. Por otro lado, los *stati d'animo* de Umberto Boccioni, los *terrains vagues* de Ignasi de Solà-Morales o la *Terra fluxus*

de James Corner completan un mundo pensado desde los «flujos», los «sistemas de movilidad», las «vías de conectividad» o los «electromagnetismos verdes».

Sin embargo, fue la repetida mención de Olmsted, McHarg y Corner la que comenzó a trabar en la mesa redonda un territorio común de intereses. Para Monclús, la concatenada invocación de estos referentes ilustraba una secuencia diacrónica de paisajistas y urbanistas para los que el paisaje ocupa una posición central de las intervenciones urbanísticas, mientras que Ábalos-Sentkiewicz los mencionaban de forma aislada: Olmsted en relación al pintoresquismo en el paisajismo norteamericano, McHarg en confrontación al frente abierto por Kwinter y Corner, con su *Terra fluxus*, como un ejemplo más con el que armar un repertorio de conceptos de referencia que insisten en la indefinición, la propagación de efectos o la movilidad producida por nuevas dinámicas.

Las visiones de los estos últimos ponentes, finalmente, convergían también en la recurrencia a conceptos tradicionales como el de pintoresquismo: las imágenes con las que Monclús arrancó su intervención, imágenes de la vieja estación encastrada en el valle, a los pies del barranco de Epifano, hacían resucitar un legado histórico-paisajístico, un patrimonio natural derivado de un específico *genius loci* cuya salvaguardia, sin duda, se encontraba entre los objetivos del taller. La imagen de la alameda que conformaban las edificaciones del complejo ferroviario sobre la explanada de los Arañones en las primeras décadas del siglo XX y algunas otras fotografías históricas mostradas en su intervención despertaron aquel aroma *belle époque* que había impregnado Canfranc en sus años de esplendor. Frente a la evocación de esta esencia del lugar de tradición pintoresquista, Ábalos-Sentkiewicz reivindican en sus publicaciones la activación de un concepto que extrapola la común reducción al romanticismo y al paisajismo inglés y norteamericano, al reconocer su presencia en algunos arquitectos del movimiento moderno como Le Corbusier, Bruno Taut o Roberto Burle Marx.

Pensamos que, en realidad, ha sido la creciente complejidad de las intervenciones en el paisaje la encargada de exigir nuevos términos y conceptos. Hace veinte años, cualquier instalación industrial suficientemente ponderada pasaba a ser un «conjunto industrial» a estudiar de forma aislada para su posi-

ble protección, sin que aún entendiéramos que formaba parte de un territorio más extenso y continuo, donde la necesidad de hacer converger cuestiones paisajísticas, medioambientales, urbanísticas, sociológicas, arquitectónicas... convertiría las decisiones a tomar en responsabilidades consensuadas y compartidas. Pero igual sucedía con los parajes de alto valor ambiental que, mereciendo las pertinentes protecciones, tendían a considerar las arquitecturas que contenían como románticos vestigios obligados a perecer por la imposibilidad de hacer nada con ellos. Son los conceptos los que terminan construyendo el paisaje, igual que las palabras –cada día más frágiles por su provisionalidad e imprevisible fortuna, pero en modo alguno inocentes– dictando nuestros procederes.

Lo que resulta incuestionable es la notable dificultad que la arquitectura ha tenido siempre para crear conceptos verdaderamente nuevos. Las formas nuevas se conquistan con facilidad, pero los conceptos resultan más escurridizos. Tendemos, por tanto, a dotar de nuevas e instrumentales acepciones a términos ya conocidos. Buena prueba de ello es la insistencia en reconsiderar la noción de pintoresquismo, convirtiendo lo pintoresco en atributo de algunas arquitecturas por definición contrarias a los orígenes del término, con sugerentes y provocadoras aproximaciones que revisan el concepto consolidado. Y algo parecido ocurre con los que sustentan el trabajo presentado sobre Madrid, el de *campo* tomado de la formulación de Kwinter, y el de *prototipología* derivado de las propuestas de Andreas Ruby. En el fondo, la voluntad de transformar los modelos o tipologías heredados de la arquitectura contemporánea no hace sino insistir en el largo discurso iniciado por Quatremè-

re de Quincy en el siglo XVIII y retomado por Durand en el XIX, por los arquitectos del movimiento moderno en las primeras décadas del XX, por los arquitectos italianos con especial interés –a partir de Muratori y sus estudios sobre Venecia– en la segunda mitad del siglo, y finalmente por Moneo al reivindicar escrupulosamente, en su celebrado texto *On Typology*, la flexibilidad de los tipos arquitectónicos, rechazando abiertamente su condición, ampliamente aceptada entonces, de elementos estáticos, inamovibles y restrictivos. Quizá la verdadera importancia de este trabajo, más que en la seductora imagen que proyecta del futuro Madrid, radique en su interdisciplinariedad, en la fe con que emplea las nuevas disciplinas de la física termodinámica y la ecología como soportes de la arquitectura: crear prototipos estrechamente vinculados a fuerzas derivadas de la termodinámica en un laboratorio en el que el instrumental no tiene por qué provenir de la arquitectura, en el que los recursos y las necesidades energéticas se transforman en medio e instrumental del proyecto, se convierte en la verdadera novedad de la propuesta. Y es que la arquitectura, así lo creen Ábalos-Sentkiewicz, está dispuesta a incorporar presupuestos y análisis ajenos a las cuestiones que han sido siempre propias de la disciplina –el espacio, la materia, la luz, la construcción...–, sumando a ese mundo conocido y tangible un universo de flujos, diagramas y fórmulas.

Terminamos resaltando que la mesa ejemplificó sobradamente los objetivos del taller: la búsqueda del encuentro, la intersección y el diálogo entre visiones y aproximaciones diversas al caso de Canfranc por parte de quienes hemos participado en él.